

LA PROFESIÓN DEL FILÓLOGO

EN LA ACTUALIDAD

Se me pidió, hace contados días, que, en este acto cultural de la I Semana del Filólogo "Virginia Sandoval de Fonseca", hiciera una brevísima comunicación *sobre la profesión del filólogo en la actualidad*.

Es para mí un honor y a la vez un compromiso mayúsculo y embarazoso, apuntar (por encargo) algo que merezca la pena, ante tan entendidos colegas, sobre un tema pocas veces tratado, de ordinario rutinariamente, y casi siempre soslayando la relación necesaria entre filólogo y actualidad.

Nuestro propósito es, pues, real y obligadamente modesto: contribuir con algunas reflexiones no acabadas, para que, en la atenta percepción de ustedes, suenen a invitación sugeridora de más reflexión.

Entiendo por profesional, lo que mi sentido de hablante hispano me dicta en el uso actual del término: la persona dedicada al ejercicio o actividad de un determinado campo del saber, en pro de la sociedad, y como medio de su desarrollo personal y propia subsistencia material, con la preparación idónea y adecuada, según los requerimientos institucionales vigentes en la sociedad a la que tal persona se ha de integrar.

Cinco son pues, las especificaciones de esta definición:

1. Ejercicio (privado u oficial) en un determinar el campo del saber.
2. En pro de la sociedad.
3. Para el desarrollo personal y subsistencia material de quien ejerce la profesión.

* Se reproducen dos disertaciones del autor, pronunciadas con motivo de los actos de apertura de la I y II Semanas del Filólogo VIRGINIA SANDOVAL DE FONSECA y VICTOR MANUEL ARROYO, celebradas, respectivamente, en Julio de 1985 y Julio de 1986; intituladas "El filólogo en la actualidad" y "Letras, humanismo y filólogo".

** Doctor en Filología Clásica y Lingüística Indoeuropea por la Pontificia Universidad de Salamanca. Catedrático en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional de Costa Rica. Maestro y Miembro de Número del *Stvdivm Generale Costarricense* de la Universidad Autónoma Centro América. Autor de varios libros, ensayos y artículos.

4. Con preparación idónea y adecuada.

5. Reconocida por las instituciones pertinente

Hasta aquí, sobre el concepto de la palabra *profesional*, las cosas pueden ir bien, y el consenso se haga presente. Pero ¿y sobre el concepto del término *filólogo*, precisado por el determinante y limitativo en la *actualidad*?

El término *actualidad* supone espacio y tiempo, escenario permanente donde una determinada sociedad se manifiesta, actúa y relaciona con un temple, un modo de pensar, concebir, expresar y ejercer sus vivencias y visión del mundo. Poco nos puede ayudar la etimología del término *filólogo*, ni la historia de la filología, para definir, caracterizar, perfilar al filólogo en la actualidad. No obstante, permítaseme, espigando desde el étimo vocis a través de las acepciones semánticas sucesivamente y con vaivenes históricos han dado tenido al término *filólogo*, proponer lo que creemos quintaesencia permanente que justifica el uso de este término para denominar con él al profesional en el campo la palabra: *filólogo* es el amante, el estudioso, el dedicado a establecer la autenticidad y fidelidad de los testimonios del hoy o del ayer, hablados y escritos para, después de analizarlos, descubrir y mostrar el sentido e intencionalidad de dichos textos.

Recordemos que, durante más de dos mil años, el filólogo, ocupado en este noble quehacer, fue elaborando, como subproducto de sus observaciones marginales, los fundamentos de lo que, a partir de finales del siglo XIX, se constituye en Ciencia del Lenguaje. Este producto derivado o "subproducto", conocido desde antiguo con el nombre genérico de Gramática, se iba convirtiendo en soporte, en parte de los conocimientos necesarios, para la fijación crítica y para el análisis interpretativo de los textos. Sin embargo, durante un periodo de siglos, fue aprovechado justificadamente para la enseñanza de lenguas de cultura, sin vigencia hablada; y más tarde, por inercia histórica irreflexiva, para las lenguas maternas o nacionales; finalidad, por supuesto, muy alejada de la causa e intención primera que originaron tal Gramática de carácter filológico. Como consecuencia, estos conocimientos gramaticales, quedaron expuestos al descrédito, para aquellos cuyo bagaje lingüístico pesa menos que su inquietud por la moda.

Pero llego el momento en que el filólogo, cobijado bajo las alas del empirismo, naturalismo y positivismo, inicia el

estudio sistemático de las lenguas en sí mismas, para investigar su estructura y funcionamiento. Desde entonces el filólogo, sin perder esta nominación, comenzó a ser necesariamente también lingüista. Como resultado, el acceso al estudio de los textos no era posible ya, sin el estudio científico de la lengua, de la que los textos se originan como última realización. Se trata pues, de "dos dominios solidarios, propiamente de dos especializaciones de uno mismo, que en el fondo dependen de principios comunes", según lo dice el conocido filólogo R. Adrados.

Sin embargo, la especialidad de la lingüística a partir del siglo XX y, sobre todo, ya avanzada la primera mitad, fue dirigiendo y estrechando su campo de investigación con insistencia, hacia los textos hablados; con una mayor preocupación por el perfeccionamiento de los métodos, que por la teorización sobre la naturaleza del lenguaje; y en muchos casos marginando total o parcialmente la preocupación por el significado. No tanto se multiplicaron las escuelas por concepciones opuestas, cuanto por los diferentes métodos y fines de su investigación. No obstante, el incremento de los conocimientos acumulados por la Lingüística General, en lo que va del siglo, es sumamente valioso para la especialización del filólogo.

En la actualidad, los filólogos siguen siendo, dentro de las más reconocidas corrientes de su campo, intérpretes que transmiten la mayor y mejor información posible de los documentos de la lengua, de generación en generación y de cultura a cultura, sucesiva o simultáneamente en el último caso, valiéndose de la paleografía y de la fonología para interpretar el nivel más material del signo ya escrito, ya oral respectivamente; y también de los conocimientos de la Lingüística General para la interpretación de los otros niveles del signo hasta llegar a la sustancia del significado; sin prescindir, por supuesto, del apoyo que le brindan los conceptos elaborados por la Semiótica, en los lenguajes más estrechamente conexos con el lenguaje de los textos de su campo.

Pero la situación de la sociedad actual, sin hacer mover los presupuestos definidores de la profesión del filólogo, explicitada en el párrafo anterior, cuya dedicación, en síntesis, se centra en el estudio del texto-discurso como realización o producto final de la fórmula tricotómica *sistema-norma-habla*, amplía el campo de los textos, producto del ejercicio de las Ciencias de la Comunicación periodística impresa, radial y televisada. A través de este complejo fenómeno de la comunicación, exageradamente prolifero y aceleradamente expansivo en su práctica, se abre paso con gigantesco dominio la información; también con su propia teoría. Tanto la una como la otra, al manejar la palabra como medio, es obvio que encuentran, en la

Lingüística y en otras ciencias del lenguaje, los fundamentos sólidos para perseguir sin tregua el mayor impacto y rendimiento de los mensajes sobre el lector, el oyente y el espectador.

Frecuentes son, por ejemplo, los manuales para la redacción periodística profesional, en los que se exponen con más claridad de la esperada, y con conclusiones prácticas que sorprenden, los fundamentales problemas del lenguaje que, desde la Lingüística General en su vertiente esencialista, se debaten, como promesa renovadora de una nueva etapa de la Lingüística que retoma posiciones truncadas por la práctica investigadora de un exagerado empirismo positivista. En el fenómeno actual de la comunicación e información, la materia prima y básica empleada es *la palabra, el logos, el discurso-texto*, millares de veces multiplicado con la fecundidad de la imprenta, o simultáneamente, a la velocidad de la luz. Ninguna duda puede haber de que este fenómeno de la palabra es campo de abordamiento urgente del filólogo actual. No puede seguir siendo soslayado por el filólogo, tal mundo de producción: la más culturizaste acción, para bien o para mal, del conglomerado social de la actualidad, por medio de la palabra.

Nuevas circunstancias llevaron siempre a un cambio de acepción de los términos. Pero no es el cambio de acepción lo trascendental del asunto; sino el cambio de mentalidad proyectada a una renovación, en el ejercicio profesional como exigencia, como reclamo de los cambios sociales. De lo contrario, puede resultar, si no está ya resultando, que el profesional se quede rezagado en el ejercicio de su profesión, en vez de convertirse y ser portaestandarte que dirige, orienta y aplica, con el sentido de un auténtico servicio social, los conocimientos de su campo.

Ante semejante reto, el profesional de la palabra debe renovar su veste, su actitud mental y sus prácticas rutinarias. No puede el filólogo de hoy reclamar tal nombre mientras siga relegado exclusivamente a una mecánica labor de corrector de pruebas; o a gramático de un preceptivismo anacrónico; o a retórico clasificador de la obra literaria en taxonomías de figuras, tropos y metáforas; a dictaminador de lo correcto o incorrecto con el diccionario en la mano; a simple mantenedor de series por entregas inconexas en pro del cultivo del idioma, con disertaciones etimológico-semánticas precientíficas, al modo medieval, o, en el mejor de los casos, como abordamientos dieciochescos. Tampoco es un filólogo actual, el que abunda, sobre todo en la enseñanza, en posiciones lingüistizantes extremas, impartiendo gramáticas, sea la venerable tradicional, o la que se proyecta para el siglo XXI, ante alumnos que apenas pueden servirse de su lengua materna como instrumento de

la relación social cotidiana y rutinaria; no lo es, asimismo, el que practica filología presentando metalenguajes desprendidos de la última teoría y método de análisis literario que ocupó el lugar de la moda, a alumnos dotados de mínima capacidad para comprender, como lector común, los textos literarios o de otra naturaleza. Tan inadecuado e impertinente resulta aquello, como el metalenguaje viviseccionante de las categorías literarias.

¿No se hallarán entre estas prácticas, consideradas en nuestro medio como filológicas, algunas de las causas de nuestro fracaso educativo; y de que nuestras escuelas universitarias de Filología o de Literatura, sean consideradas por los regentes universitarios como las cenicientas, ¿cuándo de presupuesto se trata? ¿Para qué valemos? ¿Que se proponen nuestras escuelas universitarias cuando (además de la lucha por su subsistencia precaria) formulan y reformulan proyectos y programas?

Efectivamente: siempre resulta más fácil -dirán ustedes- encontrar las deficiencias, que proyectar lineamientos acertados para la encomienda de lo que no marcha bien. Pero es mi deseo no acabar esta breve disertación, sin dejar apuntadas algunas orientaciones, a mi parecer necesarias, para que el filólogo aumente el prestigio de su profesión.

Nuestra sociedad requiere un filólogo erudito de su lengua como sistema que evoluciona a través del tiempo; que se identifica con diferente temple a través de las distintas naciones, regiones y subregiones inmersas en el sistema-lengua común de la extensa y amplia etnia a la que pertenecemos; requiere un filólogo consciente y sabedor de la compleja reticulación de niveles y registros con que cobra realidad la lengua, en el acto de hablar o en el texto escrito. Pero esta erudición del *factum lingüístico*, que debiera envolver al filólogo, no producirá los frutos deseados y que nuestra sociedad reclama, si no está activamente funcionando, mediante la posesión de los conocimientos científicos actuales y suficientes que la Lingüística General y las Ciencias del Lenguaje han aportado mediante la investigación, sobre la naturaleza, estructura y función de la lengua; sin descuidar los conocimientos aportados por la Semiología y la Semiótica, en aquellos lenguajes estrechamente conectados con la palabra.

Nuestra sociedad requiere un filólogo, y en este aspecto abundan el descuido y las deficiencias, capaz de expresarse por hablado o por escrito, con un elevado dominio de su lengua. Lo ideal sería que, en el uso de ella como interprete o como productor, dominara todas las cronías, topías, estratos o niveles y registros que integran el depósito y la realización actual de su lengua; cosa tan imposible esta como la existencia del -permítaseme el neologismo- *pantáglota*. El ideal es, por naturaleza, inalcanzable; mas no

Acta Académica

está prohibido perseguirlo, y es obligación del profesional perseguirlo incansablemente. No resulta necesario, para que el actual se convierta en tal, estar preparado en los métodos propios de la ciencia lingüística. Él no es un investigador de lingüística, ni de métodos científicos lógicos o semióticos. El filólogo es un aplicador de los conocimientos, conseguidos por estas ciencias, propia labor de interprete y orientador en el mundo de la palabra, mensaje-texto. Como aplicador de tales conocimientos a un texto concreto, se convertirá en lo que requiere nuestra sociedad: un profesor que sepa conducir, porque el ofrece su testimonio práctico por delante, a sus educandos hasta un elevado nivel en el ejercicio y realización de la lengua; para lo cual deberá cambiar o exigir que se cambien, los métodos de la venerable aula con tiza y pizarra, por los medios de difusión durante décadas se han venido perfeccionando, robándole la partida en su quehacer de agente transmisor y renovador de la cultura en el campo educacional. Con el dominio y conocimiento de la palabra, se convertirá en un asesor de los organismos gubernamentales lo que concierne a las relaciones del ejercicio eficaz de su profesión; en un traductor no empírico o improvisado, tarea en la que concurren, como en la que más, los conocimientos lingüísticos y el objetivo propio de la filología; en un asesor del mundo empresarial de los negocios; en un orientador y asesor líder en el mundo de la comunicación y de la información, capaz de rescatar el lugar que le corresponde, por definición y exigencias de las nuevas realidades sociales, dentro de las escuelas de las Ciencias de Comunicación.

En fin, un filólogo actual, debe estar suficientemente preparado para ser un aplicador de los conocimientos de la Lingüística y de las Ciencias del Lenguaje, de tal manera que resulte interprete crítico, imparcial, orientador del complicado manejo y manipuleo la que se presta la lengua para la conducción, no siempre la sociedad. Solamente nuestra palabra activa, libre, libertada, en los debates que la Asociación propicie, nos llevará al perfeccionamiento de los currículos académicos, con frecuencia maniatados por inveterados criterios o esnobismos a ultranza.

Estamos comenzando; y es bueno haber comenzado. Hasta los aspectos discutibles de esta comunicación, contribuirán, sin duda, a encontrar un mejor camino para la afirmación del ejercicio filológico en la actualidad.

LETRAS, HUMANISMO Y FILOLOGO

Agustín de Tagaste, en *De Magistro*, investiga con extraordinario poder mental según va exponiendo con movimiento lúdico, las implicaciones del *verbum labra*), como signo que sacude, azota (*verberare*), y conduce al conocimiento por una parte y, simultáneamente por otra, a

la res, a la cosa significada. Es decir, la palabra signo sonoro (y el escrito, signo visual o signo sonoro), sacude al oído, y si no es flatus vocis (una voz vacía), nos invitará a noscere, a conocer, de cuya etimología participa también el término nomen (nombre). El conocimiento así excitado, dará cuenta de la adecuación entre la palabra nombre y la realidad que representa.

Tres palabras voy a tomar como ejes, como claves, en la introducción de esta tarde con motivo de la apertura de la II Semana del Filólogo, "Dr. Víctor Manuel Arroyo Soto". Tres palabras que, al percutir en nuestros oídos, sin duda alguna nos conducirán al conocimiento, al mundo de los conceptos que hallarán, o no, soporte en nuestra realidad: *Letras*, *humanismo* y *filólogo*.

Estos tres términos, si de hecho los admitimos como familiares, es porque, sin duda alguna, son signos de nuestra lengua; pero ¿con qué significados? y ¿qué objetos significan, representan? Esta es la cuestión, y a ello quiero acercarme.

No consiste la comunicación, precisa, esencial, y únicamente en que el oído este familiarizado con el ver-bum, sino en que las mentes de los oyentes-hablantes bullan en idénticos conceptos evocados mediante el sonido verbal.

No creo necesario probar que las tres palabras son familiares para nosotros; es decir, que caen dentro de la conciencia del hablante hispano como existentes. Se habla de *letras*, por ejemplo, Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía, Ciencias y Artes; Facultad de Filosofía y Letras; Carrera de Letras, (en contraposición a las de Ciencias), etc.

Se habla de Humanismo y Humanidades, Facultad de Humanidades, estudios humanísticos, Certificado de Humanidades. Se habla, por fin, asimismo, de *Filólogo* y *Filología*: Escuela de Filología, Día del Filólogo. No hay duda, pues, de que son signos con vigencia en nuestro medio costarricense y, por supuesto, en todas las latitudes en que se habla nuestra lengua.

Si pues son signos, y con vigencia, pasemos ahora a un segundo planteamiento: como todo signo, estos son significables, y como significables deben señalar realidades existentes, bien sean éstas *aparte rei*, es decir realidades extramentales; bien sean existencias conceptuales, o ambas cosas a la vez. No estará de sobra, en este rato de filologar, remontarnos, aunque sea muy someramente, al origen y alcance significativo de estas tres palabras. Desde luego que, en cuanto a la estructura sonora, nuestra lengua tiene existencia, en estos tres términos, desde hace mucho más de veinte siglos.

El término *Letras*, originado de *Litteras*, designa ya en Cicerón, asimilado a Humanidades (De Or. I, 71) y contrapuesto a Doctrina como ciencia o enseñanza particular, las creaciones específicamente culturales del espíritu humano, como la Literatura y la Filosofía. Resumiendo, a Cicerón (en De Fin. 5-54 y Arch. 4) podemos extraer lo siguiente: Los estudios litterarum son, por así decirlo, el alimento propio, adecuado y congruente al carácter y natural humanos del hombre. Por la acción liberalizante del espíritu que proporcionan estos estudios educadores de las *Litterae* durante la juventud, el ser humano alcanza la humanitas en lo intelectual y en lo racional. (Debemos tener en cuenta que de "littera" se origina "literatus", literato, letrado y literatura).

En la actualidad, el término letras se entiende como lo entendió Cicerón: los conocimientos y saberes que hacen referencia a las cosas cuyo devenir no ha podido ser sometido a leyes fijas, tales como la Historia, la Literatura, las Lenguas, la Filosofía, el Arte en general. Siempre y en todo caso, contrapuesto a Ciencias como saberes particulares.

Humanismo es un término híbrido de raíz latina: humanus, de homo, hombre; y el sufijo griego "ismo". A partir de Cicerón, como queda dicho, el término "humanistas" se contrapuso al término doctrina (ciencia) y así se ha venido entendiendo como el conocimiento y sistema de educación y actividades que toman por meta y objetivo el cultivo de las humanidades, para desarrollar el espíritu del hombre.

Pero ¿qué supone el término humanidades? En primer lugar, supuso benignidad, benevolencia, bondad; es decir, aquel humanitarismo reflejado en la proverbial frase de Terencio: "Homo sum, et nihil a me alienum puto", hombre soy y ninguna cosa humana la estimo ajena a mí. En segundo lugar, el término humanidades evoca un sistema educativo y de conocimientos que conducen a una formación mental y espiritual como ideal de desarrollo de la naturaleza humana, mediante los estudios litterarum, alimento el más adecuado al carácter y facultad específica del hombre, que es la ratio, la razón. Y en tercer lugar supone un fomentar el impulso natural a vivir en sociedad, que es una consecuencia de esa naturaleza racional de la que específicamente el hombre está dotado.

Resumimos a Cicerón en otro pasaje de su *De finibus* (2-4): la capacidad racional ha hecho que el ser humano tenga necesidad de sus semejantes, dándoles unidad en naturaleza, lengua y costumbres; de modo que, partiendo del afecto de la familia y de los amigos, el individuo se va proyectando cada vez en círculos más amplios y se siente unido primero a sus conciudadanos, hasta sentirse solidario con el género humano entero; y (continuamos con Cicerón)

como escribía Platón a Arquitas, al ser humano no ha nacido para sí solo, sino para la patria, y para los suyos, de manera tal que no conserva en sí mismo sino una parte muy pequeña de su propio ser.

En otro pasaje de Seneca (Ad Luc. 155,52-54), leemos: "Natura nos congnatus edidit, cum ex isdem et in eadem gigneret: Haec amorem nobis indidit mutuum et sociabiles fecit": "La naturaleza nos ha hecho hermanos al engendrarnos partiendo de los mismos principios, y destinados a los mismos fines: ella es la que ha puesto en nosotros el mutuo amor y nos ha hecho sociables".

Cualquier humanismo, que se presente como tal, debe comprender, impulsar y perseguir estos tres objetivos: uno, humanitarismo; y no necesitaríamos entonces proclamar con trompeta los derechos humanos, hoy tan traídos y llevados y acomodados según circunstancias e intereses inmediatos por los diversos gobernantes de la tierra. Dos: desenvolvimiento y desarrollo de la ratio como sede de las facultades específicamente humanas; y, por último, corona de los anteriores, solidaridad social y convivencia en la justicia y hermandad.

Pero aún nos queda remontarnos al étimon del término "filólogo", que, considero en la presente ocasión, es la dobla central de la terna lexicográfica que estamos considerando.

Entre los atenienses, inclinados por naturaleza a la disertación verbal, se daba el nombre de φλόλογοι a los conservadores que gustaban de discurrir mediante charlas filosóficas. Por el contrario, recibían el nombre de μισόλογοι, aquellos que odiaban los debates filosóficos y los temas literarios en general. Un tercer término, Βραχίλοϊ, era endosado a los espartanos (en contraposición a φιλολογοι), por su fama de sobrios, lacónicos en el conversar.

Se atribuye al poeta griego Alexis (siglo IV), el siguiente fragmento: kai oti olvio: "Y el vino, cuando se bebe, a cualquiera hace filólogo, y sobre todo a los que lo beben generosamente" (quizás sea este el talismán más a mano para que entre nosotros comience a haber más filólogos que filologuen). Aparte el sentido peyorativo que de la citada frase se desprende, es indudable que el comediógrafo Alexis reconocía también como filólogo al amante del logos discursivo y conversacional.

Tó φιλολογοειν significó amar y estudiar las letras, en el mismo sentido que el litterae de los romanos significó la lectura, la retórica, la estilística, la historia, la poesía; es decir, la afición por el logos en su proyección gráfica o escrita.

Se dice de Zenón el estoico (también en el siglo IV) que consideraba a sus discípulos tanto filólogoi como logófiloi, es decir: tanto gustaban de disertar, como disertaban gustados por el oyente; o dicho con más brevedad: disfrutaban y hacían disfrutar con sus disertaciones.

Entre los sabios alejandrinos, la filología se llega a identificar con un saber y aprender polifacético y enciclopédico (πολυθία). Eratóstenes de Cirene (siglo III), fue el primero que se tituló φιλόλογοσ, en el sentido de amigo de toda la cultura y cultivo liberales; aunque en la práctica el empleó sus energías, dedicado a todas las ramas del saber y con preferencia a la crítica técnica, en el aspecto histórico de la ciencia de la Antigüedad.

El rey Ptolomeo VII (siglo II), conocido por Euergetes II, muy amante de las letras, se autotituló filólogo, y durante su reinado favorecido en gran manera la biblioteca de Alejandría.

En fin, que, a partir de la concepción humanística, ya expresada anteriormente al citar a los latinos, se siguió entendiendo por filología no solo el amor o afición y cultivo del hombre por las letras, sino también por la filosofía.

Seguir exponiendo el significado de *letras, humanismo y filólogo* en los distintos momentos de nuestra cultura de Occidente, resultaría inacabable y pretencioso para el propósito introductorio que nos ocupa. Además, creo que es suficiente la luz que nos arrojan, para el tema, estos acercamientos al origen del contenido de tales palabras. Podemos pues resumir: Los tres términos han estado y están relacionados apuntando como signos a realidades que forman un campo unitario por su parte letras, se identifica con versión del contenido y concepciones del espíritu humano explicitada mediante litterae, la escritura, que toma cuerpo en las creaciones literarias, entendiendo estas últimas en sentido amplio; además significa también el instrumento literario en general capaz de alumbrar y alimentar el espíritu de las generaciones sucesivas, orientándolo en los valores universales de la razón y del bien, para crear espíritus críticos y por ende propiciar la libertad de todo nuevo ser humano dentro de la sociedad y cultura a! que pertenece. Letras, pues, significa creación, y as vez, instrumento educador.

Humanismo significa tanto humanitarismo, como sistema de educación y actividades que, basado en las litterae, se constituye en instrumento de transmisión cultural, y trata de desarrollar la conciencia del ser humano crítica y libremente, para su propia realización existencial, consciente de su función de ser racional dentro de la sociedad a la que pertenece y, en último término dentro del género humano universal.

Y el término filólogo, señala a la persona que, como creador o intérprete y analizador de las creaciones en campo de las letras, conduce, orienta y fomenta la toma de conciencia de sus conciudadanos y de sus congéneres, en el cultivo del sentimiento y la razón, para constituirse y constituirlos en individuos-persona, sabedores críticos de sus derechos y deberes para con sus semejantes, con quienes forman parte integradora de una sociedad libre. En resumen, el filólogo es el creador o promotor (o ambas cosas simultáneamente), que propicia, ya de modo directo, ya de modo indirecto, mediante el campo de las letras, una formación humanística, integral, crítica y no gregaria, de sí mismo y de sus conciudadanos.

Sin embargo, hasta aquí hemos aclarado los términos propuestos en cuanto significables de realidad conceptuales, pero ¿a qué objetos a parte rei se refieren tales términos en nuestra realidad nacional, costarricense, en la actual coyuntura?

Voy a ceñirme ahora, para dar respuesta a ésta última pregunta, a uno de los tres términos, al que anteriormente he llamado dobla central de la terna: al término filólogo y de su derivado filología, que además por otra parte, son el motivo de la celebración de esta serie de disertaciones y planteamientos que culminará el día 2 de Julio.

Hace un par de años, el Poder Ejecutivo, estando el ejercicio de la presidencia de la República don Luis Alberto Monge, emitió un decreto, junto con doña Inés Trejos, ministra a. i. de Cultura, Juventud y Deportes, por el cual quedó declarada la fecha 2 de Julio de cada año, Día del Filólogo. Transcribo los considerandos del Decreto:

1. La Filología reconoce que la lengua expresa la nacionalidad, por cuanto el idioma es portador de cultura.

2. El estudio de la Filología contribuye al conocimiento esencial de lo que somos, desde el punto de vista personal, social e histórico.

3. La Filología es una profesión que exige, de quienes laboran en este campo, profundidad científica.

4. La Filología es una profesión que ha producido valiosas investigaciones en literatura y en lingüística.

5. La Filología ha dotado de su aparato crítico a los profesionales que se dedican a ella para bien de las letras costarricenses.

6. La Filología se propone formar y orientar a las diversas generaciones en el culto al buen uso del idioma.

7. La Filología ha incrementado la pericia artística de los creadores que a su vez son profesionales de esta rama.

A través del texto de estos siete considerandos, se repiten los términos filología, profesión y profesional de la filología. Y aunque no constituye el texto una definición stricto sensu, es decir, por el género próximo y la diferencia específica, sobre filología y filólogo, si es lo suficientemente explícito y extenso para que podamos concretar, en resumen, una definición modo descriptivo en tres partes. La primera quedaría así: la filología es la ciencia que, con aparato crítico propio, tiene por campo de investigación y creación las letras (lingüística y literatura).

La segunda: su propósito es el de contribuir, mediante el cultivo del idioma y por el idioma en sí, a la transmisión cultural y al conocimiento esencial de lo que somos desde el punto de vista personal, social e histórico.

Y la tercera: Los ciudadanos peritos en este campo del saber y dedicados a semejantes quehaceres, son reconocidos como profesionales de la filología, es decir, filólogos.

Voy a permitirme, con la venia de ustedes, tomar por aceptable el resumen de los considerandos del decreto.

En la primera parte, la filología es la ciencia que, con aparato crítico propio, tiene por campo de investigación y creación las letras, queda apuntado, de un modo sustancial, el aspecto epistemológico del campo de la filología. (Tema este de gran envergadura y digno de que llegara a ser debate en alguna de las ponencias de nuestro próximo segundo congreso, que está programado para celebrarse de aquí a tres meses).

Pero siguiendo lo que nos hemos propuesto en esta tarde, se puede concluir que, efectivamente, los términos letras y filología tienen existencia conceptual hasta en nuestra cuasi legislación nacional costarricense, y de un modo que no rompe el devenir histórico, ni se sale del torrente cultural que nos impulsa desde la paideia griega y la humanitas romana, a los pueblos que estamos instalados en la cultura y temple del hemisferio occidental y en la latitud eminentemente austral.

En la segunda parte del resumen, es decir, en su propósito es el de contribuir, mediante el cultivo del idioma y por el idioma en sí, a la transmisión cultural y al conocimiento esencial de lo que somos desde el punto de vista personal, social e histórico, se está señalando una meta pedagógica social, que coincide, en gran manera, con aquellos tres puntos considerados en el étimon de las palabras humanismo y humanidades; es decir, partiendo de la toma de conciencia individual, sin quedarse en el gregarismo, se debe pasar a la conciencia comunal con sentido humanitario, al considerar la realidad histórica en la que

cobra sentido nuestra existencia como último eslabón y la realidad social del hic et nunc para llegar a ser nosotros.

Sin embargo, a esta segunda parte del resumen de los considerandos, pareciera faltarle algo en el ideal pedagógico social que concibe. Queda sonando muy marcadamente eso de "la filología contribuye al conocimiento esencial de lo que somos". Esto, así dicho, parece ser una invitación a repetir miméticamente, ejemplarmente, las sucesivas sincronías del pasado, olvidando que este conocimiento esencial no es precisamente para repetirlo, sino para tomarlo de trampolín a partir de nuevas actitudes libremente críticas del ciudadano del hoy para formar la patria, la sociedad nueva que no destruirá a la anterior, sino que la perfeccionará, acorde con las coyunturas de cada generación.

Pero esta contribución de la filología a la sociedad, no se dará, o se dará con mínimo rendimiento, si no se encarna y cobra realidad en y con la presencia física y acción real del filólogo. Y aquí llegamos a la tercera parte de lo contenido en los considerandos del decreto: los ciudadanos peritos en este campo del saber y dedicados a semejantes quehaceres, son reconocidos como profesionales de la filología; en una palabra, filólogos.

Es pues, estimados oyentes, esta nueva profesión, conceptualmente considerada, una de las más directoras, rectoras, de la sociedad. Tanto mayor es la responsabilidad, cuanto más importante es el cometido que en nuestras manos coloca la comunidad a la que nos debemos.

Por ello, quiero terminar estableciendo unas interrogantes con inquietud cuestionadora, para invitarnos al enjuiciamiento de nuestra realidad como filólogos y como profesionales de una tarea entre las más nobles y difíciles:

- ¿Se siente nuestra presencia por medio de la palabra hablada o escrita en los medios de la difusión cotidiana?
- Cuando se deja sentir nuestra palabra, ¿tiene el valor trascendental del, digamos, "profeta" que contribuye a alertar conciencias sobre los acontecimientos de cada día, dentro de la intrincada maraña de un vivir pragmatístico, anonadador y alienizante?

- ¿O nos contentamos con lingüistizar y literaturizar, persiguiendo y experimentando obcecadamente marcos teóricos en detrimento de la formación humanística, humanitaria, crítica y liberadora de las generaciones de educandos que pasan por nuestras aulas?

- ¿Qué estamos haciendo con nuestras literaturas hispánicas, las de ayer y las de allende y las de aquende los mares, vigorosa herencia y configuración nutricia de nuestra sociedad? ¿No estará ocurriendo que, así como, para el cultivo del idioma pasamos el tiempo entre diccionarios y gramaticalismos lingüistizantes, así mismo suceda también que pasamos el tiempo en metalenguajes literarios, en vez de llegar por el conocimiento, y desarrollando el conocimiento, al amor y crítica del discurso?

- ¿Qué estamos haciendo frente al torbellino arrollador de la palabra manejada por todo tipo de propaganda publicitaria, sino cazando moscas de tildes, anglicismos, ortografía, pétreas normas redactoras, academicismo y otras curiosidades del idioma? ¿Es este el cultivo de la lengua, del idioma nacional?

Así podríamos seguir, ustedes y yo, planteando interrogantes tremendamente cuestionadores. Porque aún nos falta mucho para que lleguen a coincidir las conceptualizaciones significables de los términos letras, humanismo y filólogo, con la práctica real, necesaria para conseguir los frutos que nuestra sociedad espera, a saber: ciudadanos-personas, críticos por la libertad interior, y libres para enjuiciar los acontecimientos comunidad y para tomar decisiones.

Ojalá que mis palabras hayan sido al menos el pregón, cuyos ecos puedan orientar y contribuyan a introducir a esta Segunda Semana del Filólogo, la cual vez, esperamos, sea antesala y vestíbulo para próximo Segundo Congreso de Filología.

Por su benevolente atención, muchas gracias.